

LA MEMORIA DE LOS METEOROS

Emmanuel Vizcaya



MEDUSA

La memoria de los meteoros

© Emmanuel Vizcaya

© De la presente edición:

MEDUSA BOOKS, SL, junio de 2022

Edición: David Gálvez Casellas

Diseño y maquetación: Oliver Vergés Pons

Revisión de composición: Marc Cortès Minguet

www.editorialmedusa.com · info@editorialmedusa.com

Ilustración del colofón: grabado de Conrad Lycosthenes
del libro *Prodigiorum ac ostentorum chronicon* (1557).

Ilustraciones de *Cielo de radares*: Emmanuel Vizcaya

DL L 420-2022

ISBN 978-84-19202-05-5

Impreso en GoPrinters (la Seu d'Urgell)

Todos los derechos reservados. Sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, quedan prohibidas las reproducciones totales o parciales de esta obra a través de cualquier procedimiento. Pueden dirigirse al CEDRO <www.cedro.org> si necesitan fotocopiar, escanear, hacer copias digitales o cualquier uso similar para algún fragmento de esta obra.

AEROVITRALES

MICROS

FIN DEL MUNDO

Nunca me había dado cuenta pero hay un volcán peligrosamente cerca de esta ciudad y ahora que está activo puedo verlo en toda su íntegra violencia. En su cráter, el gigantesco dios Vishnú, con medio cuerpo sumergido en lava, nos arroja bolas de fuego. La ciudad arde entre explosiones y mantras y el caos es incontenible. Alguien descubre que la mejor forma de escapar es en bicicleta por la facilidad de maniobra entre escombros y autos volcados. Las pandillas de la ciudad ya habían pensado esto mucho antes y tienen ahora en su poder todas las bicicletas posibles. Con el fuego a punto de alcanzarnos, el único trato con ellos es comprarlas a precios exorbitantes o, en todo caso, intercambiarlas por el último cartón de cervezas del fin del mundo.

MÁS ALLÁ DE ESA PLANICIE

Despierto aturdido y mareado en el suelo de una habitación que no conozco, con mucha gente alrededor mirándome. Me dicen que me arrastró un tornado y que mi confusión es natural. No recuerdo nada. Sorprendido, les respondo que no les creo por tres razones:

- 1) nunca he tenido motivos para interponerme en la ruta de un tornado,
- 2) aquí no hay tornados, si acaso, tormentas eléctricas,
- 3) mi ropa está un poco quemada.

«Es que fue un tornado de rayos», agregan. Me levanto con dificultad y me asomo al ventanal más cercano. Estoy en un decimotercer piso. Afuera, más allá de esa planicie oscura, sin árboles, sin rocas y sin nada, un gigantesco embudo en espiral hecho de rayos gira e ilumina el cielo con un estruendo terrible. Está lloviendo como nunca en la muerte.

METEOROS

Cuando dios se harta de algo, toma su arma de fuego y dispara un meteorito. Una vez dios se hartó de esos lagartos prehistóricos y les disparó. Eso fue lo más cerca que hemos estado de uno de sus disparos. Nunca falla en puntería aunque a veces, al limpiar su arma, se le sueltan dos o tres tiros. Si de pronto a dios le estorba algún planeta o le obstruye la vista, con una ráfaga lo soluciona. Casi no nos damos cuenta pero si miráramos con más detenimiento el cielo, quizá veríamos una esquirola atravesando la galaxia. Dios tiene un cargador automático de meteoros de todo tipo y tamaño, tiene un cinturón de asteroides bien ajustado y peligroso. Dios está armado y está loco pero es paciente. Nosotros fácilmente ya le hubiéramos colmado tres veces la paciencia pero, al parecer, somos más entretenidos que un puñado de lagartijas. Somos tan admiradores de dios y de sus disparos que hasta les ponemos nombre a cada una de sus balas cuando vemos que cruzan por los telescopios. Hay que reconocer la garantía de esas municiones.

FRUTA VOLÁTIL

Aquí en la mano tengo una fruta volátil, un armadillo de plomo, una granada explosiva. Está ardiéndome en la palma. La encontré y ahora nos pertenecemos. Quiere saltar, tiembla, resbala por mi sudor. Está hecha para destruirse en miles de pedazos. ¿Qué hacer con ella? ¿La libero? Estoy nervioso. Una granada sin detonar es contención, censura, sumisión hacia la mano titubeante. Antes de volar, la granada siempre está vibrando, latiendo ávidamente, tensas sus mandíbulas. Ansía rugir, incendiar, deconstruir, desaparecer en el júbilo estridente de la llama, lo necesita tanto, tanto. Y entonces, sostengo este armadillo de plomo, esta fruta volátil temblando con su corazón encendido. ¿Qué hacer con toda esta presión? Lo único posible: la libertad es esa granada que tiene que estallar.

CAMPO RITUAL

En la Isla Mariana existe un campo de cultivo que no aparece en mapa alguno. En ese campo es posible sembrar espinas. Es el campo de espinas. Crecen grandes. Primero emergen como una planta de dardos y después, con los años, se vuelven un árbol de flechas. Todo el tiempo emiten un zumbido, vibraciones que hacen creer que están a punto de quebrarse, de soltarse sus ramajes y que en cualquier momento de descuido, alguno de sus filos abrirá la punta de los dedos que los toquen. Y la realidad es que esas flechas quieren desprenderse, dispararse del árbol, llegar lejos, penetrar un corazón. Nadie se atreve a cruzar el campo sino hasta que los árboles han perdido toda su amenaza, ya sea por marchitarse o por haber atravesado un cuerpo. Pero tampoco nadie deja de plantar esas espinas, los pobladores llegan con su cuña y un morral azul lleno de ellas. Es una tradición, es un ritual, y los rituales que se llenan de misterio duran para siempre.

FOTOSENSIBLE

Esta tarde, en un bazar de antigüedades, compré una cámara instantánea que fotografía lo que la gente está sintiendo. Al tomar un rostro, en vez de revelar su imagen, la cámara reproduce una foto equivalente a los sentimientos del fotografiado, o al menos eso dice el instructivo de la caja. Esto me parece más perturbador que placentero, así que decido usarla solo hoy para luego resguardarla en el ático de mi abuelo que ya no he visitado. Parado frente al espejo del cuarto me hago tres fotografías. La primer imagen muestra un tramo de una carretera; la segunda imagen, un árbol a la orilla de esa misma carretera; la tercer imagen es un puente de piedra que atraviesa un lago negro. No comprendo bien lo que esto significa pero siento un escalofrío: la silueta insinuada del escalofrío en medio de la carretera: el escalofrío que se ramifica desde mis nervios como un árbol: el escalofrío que solo puede ser librado mediante sólidos puentes. Me guardo las fotos en la bolsa de la chamarra y salgo como abducido rumbo a casa del abuelo.

EL SIGNO DE LA X

Su voz es la espora del diálogo. Ella es una transmisión, una medusa voltaica. Significa la red para los pescadores que se vuelven otras redes. Ella está en el mar de los símbolos. Las emisiones de su centro son una luz inconfundible, son el mapa de los mapas. Ella es la combustión que desemboca en nubes: relámpagos rasgando el metal, mareas de sangre crispando la piel. Mi nerviosismo frente a ella está aflorando, se escucha como una nota baja y continua. Un zumbido discreto se traduce en mi sudor de manos. Solo tengo un arco y una flecha para defenderme de ella. La flecha está temblando, no es un arma en reposo, no es una bala descansando en el cartucho, es una flecha tensada mirando el blanco del aire. Soy la flecha, el arco, el arquero y posiblemente el aire vacío. Ella hace que quiera dispararme. Ella es *el signo de la x*. Voy a lanzarme en el centro de su cuerpo, en el silencio que abrirá el zumbido como un espadazo. No puede más la incertidumbre de la resistencia de la cuerda. Llegó a su punto impredecible. Más excitación. Mucha más excitación. Se acrecienta mi temblor de manos.

HÁMSTER

Yo era un hámster que nadaba desesperado en una alberca sin orillas Fui arrojado No había lugares a los que pudiera sujetarme solo el azul sin límite Yo era la angustia y toda la humedad que entraba en mi cuerpo Era el miedo y la falta de aire Yo era el resultado de la crueldad y la desesperanza Era la agitación y el movimiento abrupto de mis patas Yo era mis ganas de salvarme y nada más que eso aunque no le hiciera falta al mundo aunque en realidad no supiera para qué quería salvarme Pero ahora está el vacío y la niebla y la tibieza de un agua que no puedo explicar que nunca había sentido Y está la oscuridad y estoy inmerso en ella Ya no hay más angustia Estoy flotando Nada queda nada tuve nada tengo

SIMBOLOGÍA

Mis amigos me invitan a practicar *sandboarding* al desierto sobre la ciudad que siglos antes cultivaba las artes y las ciencias. Su arena es de diferentes colores y predominan el naranja y el morado. En el cielo, en vez de sol o luna, hay un planeta demasiado cerca, tan cerca que se puede sentir su gravedad y del que se desprende una cascada increíble de arena que termina justo en donde estamos. Esa arena ha ido sepultando los campos, los ríos, las ciudades cercanas. El planeta se está deshaciendo y después seguiremos nosotros y luego otros y otros más pero ahora no nos gusta pensar en eso. Mejor nos divertimos y cada vez que nace una montaña aprovechamos el impulso para deslizarnos cuesta abajo.

USUARIO NO DISPONIBLE

«Bueno, como quieras», escribió con furia en el teclado, cerró sesión, apagó la computadora, apagó la luz, cerró la puerta, cerró los ojos, cerró la boca, cerró los puños, cerró la respiración, cerró las venas, cerró el flujo de la sangre, cerró la transmisión de sus nervios y del otro lado de la línea, en la otra pantalla, una x roja substituyó para siempre el punto verde de su nombre.

HAMBRE AL MEDIODÍA

Tienes hambre, es mediodía, no has desayunado y se le acabó la tinta al tintero de la pluma que, fetichistamente, solo usas para escribir poemas. Buscas en la cartera y sacas tu último dinero. Piensas un poco en lo que harás y sales hacia el centro comercial. Ahora es medianoche y lo único que hay sobre la mesa es un nuevo poema que habla sobre el hambre pero un hambre de la cual no te podrás quejar. Tú nunca has sabido lo que es la verdadera hambre.

ROJO INSECTO

Hay días en que me pregunto si mi corazón aún es de mi cuerpo o si acaso se ha vuelto una extensión más de los muchos elementos de la calle. Tantas veces lo he sentido tan fuera de mí que da la impresión de no ser sino un abultado y rojo insecto que huye por el pavimento hasta perderse en los arbustos, o que cuenta con la valentía precisa para subir un poste eléctrico, saltar al techo de una casa y desaparecer de pronto. Pasado un tiempo y sin siquiera haber notado un golpecillo o escuchado algún rebote aproximarse en la penumbra, me percaté de que ha vuelto al cobijo de mi tórax, bombeando tenuemente, reposando la jornada, preparándose, quizá, para cuando vuelva a irse de su orgánica caverna y dejarme aquí, ausente, contemplando sus latidos alejándose de mí, como cuando se pone en libertad a un animal cautivo.

SALVACIÓN DE LA CEBOLLA

La cebolla, en un último intento por sobrevivir, trata de conmovernos hasta lo más hondo, rogando que no sigamos dividiéndola en dos, cuatro, seis pedazos, con el desalmado filo del cuchillo. Sin embargo, nuestra crueldad y hambre son tan grandes que, a pesar de las lágrimas, pensamos en la grata compañía que le hará al pimiento rebanado, ya sin vida, friéndose sobre un sartén con carne muerta.

PEQUEÑA EXPLOSIÓN ATÓMICA

El silencio de la hora predice la caída de un cuerpo en vertical como una gota de lluvia. Pequeña bomba atómica: microscópico augurio astronómico, minúsculo explosivo nuclear que se degrada en el aire como un estornudo, breve punto de toxicidad fosforescente, copo sulfúrico de lava que hace un eco de metales cuando choca. Alguien juega a detonar la tierra, alguien suelta de la punta de los dedos esta bomba para abrir un cráter donde quepa la semilla de una flor venenosa, de un fruto ardiente como el hongo de humo en un jardín de plantas carnívoras. Pequeña explosión atómica en la tierra, tu detonador fue un parpadeo.